

# Experiencia y Alteridad:

---

## El Intruso en el Espejo de la Mismidad Normalizada

*Sergio Manosalva Mena  
Carolina Tapia Berríos*

### *Resumen*

La finalidad de este artículo es resaltar la importancia de las lecturas de alteridad como actos experienciales que no pasan, sino que como exterioridades nos perturban singularmente en una constante dialéctica mismidad-alteridad que van transformando a las personas que se dejan inquietar por ese prójimo distante adjetivado de anormal. Este artículo surge de las conversaciones que hemos tenido y mantenido en torno a una persona que ha resignificado su vida y con ella nuestras vidas, luego de un lamentable accidente al límite de la muerte. Es de esperar que en algo, volvamos las miradas sobre el sí mismo.

*Palabras clave: lectura - experiencia - alteridad - normalidad - anormalidad.*

### *Summary*

The purpose of this article is to highlight the importance of readings of otherness as experiential events that do not pass, but as externalities disturb us uniquely in a constant dialectic sameness-otherness that are transforming people who are concerned by this distant neighbor complementing of abnormal. This article stems from the conversations that we have and maintained around a person who has redefined his life and with it our lives, after an unfortunate accident at the limit of death. It is expected that on something, let's looks on itself.

*Keywords: reading – experience – otherness – normality – abnormality*

## *Experiencia y alteridad: la auto-organización personal co-existencial*

*Murió Rosa, nació Rosa, pero ahora de una forma donde todos, o casi todos, sólo miran espinas.*

Creemos que las palabras –con las que leemos los mundos de alteridades– nos pertenecen por el sentimiento de posesión que generamos desde nuestra propia centralidad. Las palabras no solo no nos pertenecen, sino que nos constituyen; somos en las palabras construidos en una constante cambiante que nunca nos deja Ser, porque las palabras mismas no Son, y es esa cualidad lo que permite múltiples lecturas de mundos de alteridad. Pero cuando paralizamos las palabras, creamos la ilusión de normalidad en ese prójimo próximo que vemos como espejo de nuestra mismidad y apartamos los ojos y cerramos las lecturas de todo aquel que desfigura nuestra noción de normalidad.

La experiencia supone alteridades que se pueden identificar e incluso comprender, mas no así la experiencia misma que desborda las palabras que la puedan identificar; se queda allí (así) incomunicable.

La experiencia es indescifrablemente personal, objetivamente inmanente e incognosciblemente pasional. Por ello, las lecturas son mucho más que un acto mecánico o algo azaroso. Así como leemos los mundos desde nuestra propia experiencia, los mundos que habitamos se nos abren desde su propia alteridad para inquietar la frágil figura que los mira. De este modo, único modo “*a cada paso que damos se abren para nosotros infinitas lecturas. Las lecturas de los cuerpos, de las voces, del paisaje, de los pueblos y países, de los cantos, la lectura de los jardines*” (Pradelli, 2013: 167).

Así, la co-existencia experiencial se da en un espacio que va más allá de la mirada, de saberes, de reconocimientos, de sensualidades o del estar o ser-siendo con el otro; se depone el ego en el encuentro con el otro, o con lo otro; en cada espacio de existencia, la alteridad del otro nos permite ser también su alteridad. “*Todo es una lectura, y todos somos, a su vez, la lectura que los otros pueden hacer de nosotros mismos*” (Pradelli, 2013: 167). Pero en nuestra cultura esta lectura es finita, tiene sus contornos limitados a un lenguaje anclado en las palabras de los mundos que habitamos y clausuran nuestro entendimiento. No podemos leer más allá de lo que hemos recibido porque creemos que nuestras palabras son *la palabra*, que nuestro mundo es *el mundo*, que nuestras explicaciones son *la verdad* y que la alteridad no es más que el reflejo de nosotros mismos como espejos que las encarnan.

Al contrario, la alteridad del otro debe ser una posibilidad de ruptura existencial para ser-siendo en la co-existencialidad. De este modo posible, la lectura de mundos no parte desde el *sí* sino del *otro*, y con el otro se construyen nuevos significados que permiten nuevas lecturas de nuevas alteridades. Esta es una forma que nos permite conjugar la lectura desde el verbo *ser*. Así, esta lectura no se nos muestra mecánica ni inmutable. Si hiciéramos este juego lector como el que describe Cassany (1999) para referirse a los textos escritos, tal vez comprenderíamos mejor que toda auto-organización personal se limita con el

próximo prójimo y se expande con el próximo distante en una aceptación de co-existencialidad basada en la emoción del asombro, de la sorpresa y valoración de la riqueza del *otro como texto*.

Utilicemos esta metáfora para una mayor comprensión de la auto-organización personal co-existencial: *“El significado no es un mensaje completo ni inmutable, físicamente encerrado en las letras, que se ofrezca a los lectores para que lo descodifiquen como quien abre un paquete. Al contrario, sólo existe en las mentes del autor y del lector y se construye durante los actos de composición y lectura, a partir de la interacción entre el conocimiento previo y lo enunciado por el texto”* (Cassany, 1999: 29-30). Este es el verdadero diálogo de lecturas del nosotros. Un diálogo que no niega por imposición o identificación, sino que se da amorosamente holístico en y con relación al otro en su alteridad.

## *El sujeto de la experiencia: su singularidad en diversidad*

*Aun la más pequeña de las criaturas es original en sus propias experiencias, pues podemos ir por el mismo camino, pero no viviremos la misma senda.*

El Yo como tantos otros, es individual; por lo tanto, el yo no es ni más ni menos que cualquier Otro en su otredad, o dicho de otra forma: el yo es tan particular como cualquiera, *más* no así su singularidad. Cada Yo es idéntico sólo a sí mismo, por lo que también podemos decir que cada Yo es singular, y todos somos individuos o todos somos –en lo común– particulares, pero no podemos decir lo mismo de lo singular, pues lo singular es tan infinitamente incognoscible que no podemos construirle un conocimiento de un mínimo común. Así, el plural de lo singular es diversidad y el singular de diversidad es la mismidad; el, ese o eso Mismo-siendo que no puede ser-siendo el, ese o eso Otro-siendo.

Somos tan únicos en la experiencia que vivimos como cuando decimos, escribimos o leemos una palabra, que en sí misma es más que la palabra, pues ella contiene la experiencia del ser-siendo en los mundos que habitamos. La palabra misma esconde los secretos que no se pueden enunciar. Tan diáfana, tan fugaz como un evento. Eso, para nosotros, es diversidad: lo irreplicable, lo improducible, lo incopiable, lo incomunicable, lo que existió y murió en el mismo momento en que acabó. De la experiencia sólo nos queda el recuerdo, que es a su vez una experiencia de lo que fue y nunca más será.

Somos, a cada instante y en cada espacio, siempre un ser-siendo-con-los-otros que también están siendo. Pura diversidad, incluso en el sí mismo que se transforma en la experiencia. Como nos dice Pradelli (2013): *“Estamos hechos también de nuestras lecturas. Las experiencias en torno a ella, para bien o para mal, nos fueron construyendo y nos erigieron sobre una plataforma que condensa nuestras expresiones lectoras. Y estamos hechos también de sus ausencias”* (Pradelli, 2013: 32).

De este modo, la lectura de mundos de alteridades no es un acto de decodificación; es más, mucho más que el *texto* que presenta la alteridad. En la lectura de mundos de alteridades construimos significados, que a la vez, nos significan y nos hacen únicos, originales. En este sentido (y tal vez el único) la lectura “*es una búsqueda de cada uno, divina y humana al mismo tiempo; una búsqueda personal pero que se expande a la vida de las sociedades y las rige*” (Pradelli, 2013: 42). Y aun en sociedades, se da la singularidad de cada uno y lo singular de cada sociedad (Izuzquiza, 1990).

## *La organización del significado personal: las lecturas de mundos*

*Nadie puede –aun si quisiera– vivir sólo una vida.*

No se transforma la palabra sino en el sí mismo-con-los-otros y no se transforma el sí mismo, sino en la palabra-con-los-otros.

Cada palabra contiene (pero no determina) al sujeto-con-los-otros, y cada sujeto es la palabra (no determinante) de los otros; somos en la palabra, la ilusoria imagen y semejanza de los otros, y los otros son ilusoriamente nuestra palabra, como nosotros ilusoriamente somos de los otros; todo se transforma en la palabra y en la palabra nos transformamos como si el verso fuera nuestro ser.

En Pradelli (2013) podemos leer tan gustosamente que “*todo es una lectura, y todos somos, a su vez, la lectura que los otros pueden hacer de nosotros mismos*” (Pradelli, 2013: 19). Ella pareciera que nos está interpretando, nos confundimos en ella en lo que parece un mismo discurso. Sus palabras, parecen nuestras palabras. Así la concebimos, así la contemplamos, pues cada palabra nos significa en la significación que hacemos de ella. Tal como lo dice Cassany (1999): “*En definitiva, cualquier elección de una palabra incluye dosis sutiles de subjetividad, aunque sólo sea por haber prescindido de otras opciones posibles para la misma posición del discurso*” (Cassany, 1999: 37).

Vamos –en este acto del encuentro con la lectura de la alteridad– constituyendo nuestros propios significados que organizamos en sintonía con nuestro tono emocional. La lectura no es plana y no es neutra. “*De alguna manera, leer es leerse a sí mismo, y las lecturas que hacemos de distintos textos son interpretaciones que construimos, en primer lugar, sobre nosotros mismos. La lectura, toda, nos pone a investigarnos, a percibir las distintas variaciones de nuestro ser y de ese modo puede llevarnos al centro de nosotros mismos, en el que están a su vez, todos los otros*” (Pradelli, 2013, pág. 56). Otros significados por el sí mismo en sus propias singularidades de lo que tienen en común, pero que nunca son idénticos a sus propias alteridades que son (y seguirán siendo) incognoscibles, indescifrables, incopiables.

Nacimos desnudos –es cierto- pero aún al nacimiento ya estábamos significados por otro en su otredad. Nuestra organización del significado personal

también se hizo de lecturas de lecturas de otros. Y luego le agregamos nuestras propias lecturas con palabras resignificadas en la experiencia con la alteridad. Así, siempre leemos desde el sí mismo que muta, cambia y se transforma en la relación con los otros (que también mutan, cambian y se transforman en la relación con la alteridad).

En la lectura de mundos de alteridad, no somos extranjeros de la exterioridad, pues ella nos hace y se completa con nuestra totalidad. Somos en la lectura de mundos de alteridad, sujetos abiertos a la experiencia única y resignificada en cada instante que vivimos y explicamos con una nueva forma de operar. Esto es –como en la lectura de textos escritos– que ninguna lectura es idéntica a la anterior. Como dice Pradelli (2013): *“La lectura permite a alguien conectarse con el otro, pero es en sí mismo donde el lector encontrará las herramientas para ese abordaje. En el texto del otro, el lector reconoce marcas, huellas y surcos, pero son pistas que debe completar con contenido propio”* (Pradelli, 2013: 53). Y ese contenido propio cambia a cada instante, pues cambia la mirada del que mira, y con ella el significado de nosotros mismos. Creemos conocer a todo ser humano en el diario vivir (incluso a nosotros mismos), pero en ese día a día no se le puede conocer. Se transforma el sujeto en la palabra. A cada instante.

### *El intruso en el espejo: el otro atrapado en el mirar del sí mismo*

*Somos esclavos de una forma heredada, pero también posibilidad de una nueva elección.*

Somos herederos de construcciones ensimismadas. Nos hacemos y transformamos en la relación con las alteridades de los otros con quienes coexistimos, con la experiencia de ser-siendo con otros. En esa coexistencia experiencial creamos y recreamos miradas y comprensiones sobre los mundos que habitamos, sobre los otros y sobre nos-otros. Creamos y recreamos, también, ideales de Yo, de nos-otros, al mismo tiempo que construimos ideales de no-Yo, de aquello que no queremos ser-siendo, de aquello que no deseamos representar al momento de enunciarnos desde el nos-otros. Creamos así un YO, un sí mismo con una serie de características deseadas y aceptadas en el centro del nos-otros. Características que nos dan una categoría de ser-siendo humanos “normales”.

Ese centro, como todo centro, tiene un lugar periférico constituido y creado para los no-yo, para “ellos”, para “esos” que no pueden ni deben pertenecer al nos-otros. En ese espacio de alteridades indeseadas se encuentran los intrusos que alteran, que perturban y nos asustan con su imagen, pues su imagen refleja la imperfección.

Así, el otro se presenta como imagen. Una imagen que no permite conocerlo, una imagen que existe en el mirar del sí mismo, una imagen que es la proyección de representaciones colectivamente heredadas y reconstruidas

sobre el querer y deber ser-siendo, una imagen que refleja la ceguera del sí mismo (Skliar, 2003).

El Otro que aparece como imagen, representa la alteridad negada, convirtiéndose en un Otro invisible a las miradas de los sí mismos “normales”, creando la ficción de que los miramos y los conocemos, creando la ilusión de que conocemos sus características y sus signos, creando la ilusión que son científicamente conocidos y explicados lo que permite nombrarlos a partir de categorías significantes de alteridad anormal.

En efecto, creamos una ficción semántica: sí podemos conceptualizar a los Otros y, con ello, explicarlos, creemos conocer al Otro, creemos que miramos a Otros, que coexistimos con Otros.

Justamente esta ficción es la que nos hace mirar en espejo, la que permite que nuestro mirar quede atrapado en nuestro sí mismo. Es la ficción que imposibilita deponer el ego, desprendernos de la herencia semántica cuyo poder de nombrar crea la ilusión de saber mirar. Es la ficción que hace que miremos los signos de ese Otro. “Una representación que gira en torno a un yo completo, natural, concéntrico, omnisciente, diseminado, todo-poderoso”. (Skliar, 2003:114).

El Otro así mirado, así concebido, desde la ilusión del espejo, representa la negación. Negamos su existencia para mantener la tranquilidad y serenidad que nos hace parte de un nos-otros, para ocultar el miedo que nos provoca ese Otro y sus signos, para que su presencia no se haga existencia en nuestros mundos habitados en la tranquilidad de ser-siendo “normales”. La anormalidad en definitiva nos asusta, nos asombra, nos paraliza, nos ciega. Los signos del Otro anormal nos plantea la fragilidad de los mundos, de las existencias, nos remite a nuevas y necesarias miradas y comprensiones, alterando nuestras heredadas explicaciones y conceptualizaciones sobre el cuerpo, las mentes, las inteligencias, las bellezas, las sexualidades, las culturas, las creencias. Con ello, perturba también, nuestras identidades, alterando el Sí Mismo.

*“No es la pregunta la que nos perturba, sino su unilateral entonación hacia lo mismo”* (Skliar, 2005: 73), al sí mismo, al sí que no es el otro, pues la pregunta ya va con esa carga de valoración negativa; lleva la palabra del silencio de la muerte, aun sin preguntar, en la esquivada mirada del que censura los cuerpos, porque no son sus cuerpos, porque en nada se parecen a la imagen y semejanza de un dios que transita libremente por las calles, sin silla de ruedas, sin bastones, sin muletas, sin máscara que perturben el paisaje de una desdichada urbanidad. *No es la pregunta la que nos perturba... sino, como se mira sin mirar o, lo que es lo mismo, mirar ensimismado la injusta normalidad.*

El Otro, anormal, es un intruso que altera nuestra anhelada normalidad. El otro, el intruso, nos perturba en la medida que nos asusta, en la medida que inquieta las certezas sobre aquellas verdades transcendentales a la que nos aferramos metafísicamente dispuestos, y nos acercan a esa *“insoportable levedad del ser”*.

Así tenemos que las certezas se fijan y se apropian de nuestras comprensiones, haciéndonos rígidos, no permitiéndonos mirar y comprender

otras posibilidades de existencias de cuerpos, de mentes, de culturas, de bellezas. Se hacen tan rígidas, que no nos permiten comprender otras formas o modos de habitar los mundos, de construir mundos. Y con ello, no nos permite preguntarnos, en un sentido ontológico antropológico, sobre nos-otros, sobre nuestras identidades, sobre nuestras existencias y, por el contrario, el otro construido como imagen, como un intruso nos plantea preguntas sobre ese otro, que habita fuera de nos-otros. En ese momento buscamos explicarnos a ese otro, buscamos definiciones, leemos sobre sus signos, lo caracterizamos, lo construimos dentro de una población, buscando pistas que nos digan o muestren qué hacer con ese otro, cómo hablar con ese otro, qué se les dice o no se les dice. Buscamos un manual de instrucciones para relacionarnos con esos otros que se alejan de nuestra experiencia de ser-siendo dentro del nos-otros. En estos ejercicios, que en palabras de Foucault (2001), representan una tecnología de anomalía humana, se entranpan toda posibilidad de devolver la mirada al nos-otros. Así mantenemos la templanza de la normalidad, dejando intacto nuestro sí-mismo.

Esta “tecnología de anomalía humana”, que científicamente construye poblaciones de anormales, claramente tipificada y significada, que pretende saber todo sobre los otros desde su etiología que lo hace anormal hasta las posibles causas de los fines de su existencia y que se obsesiona por estudiar y sistematizar sus existencias en el imaginario de la objetualización humana, nuevamente nos devuelve la tranquilidad. Esta tecnología es un esfuerzo para devolvernos la tranquilidad que nos produce lo desconocido. Pero esta tranquilidad no es aceptación del otro.

Es la añoranza por la serenidad y tranquilidad la que obstaculiza que la perturbación –que nos provoca el otro– se transforme en una oportunidad de mirar, de tocar, de oler, de escuchar al otro y no sus signos, no las interpretaciones sobre su existencia y sus mundos.

Esa tranquilidad que habita en la “normalidad” es, en definitiva, un determinante poderoso que no permite la coexistencia con la alteridad.

## *La ilusión del espejo*

*Dicen que somos a imagen y semejanza de Dios, pero entonces ¿por qué no miramos a Dios también en esos cuerpos sin piel?*

La normalidad tiene una semántica que crea ilusiones sobre nuestra posibilidades de comprender-nos y mirar-nos. Esta semántica es una construcción social e ideológica que permite acceder a las comprensiones y explicaciones sobre los mundos, las realidades, los fenómenos. Nos permiten acceder al mundo de las certezas trascendentales. Conceptos de bellezas, pobrezas, capacidades, culturas, sexos, completudes, entre muchos, circulan en nuestras existencias. Cada una de estas palabras está cargada del poder explicativo, del saber construido. Así, aprendemos que cada cosa que vemos, olemos, tocamos, escuchamos tiene ya un nombre, pertenece a una categoría, por ende, responde a una historia de interpretaciones y explicaciones. Aprendemos a nombrar, al



mismo tiempo que perdemos la posibilidad de mirar. Estamos inmersos en los nombres, en las categorías. Nuestro mirar está condicionado por los nombres.

Nuestras existencias están destinadas a ser lenguajeadas en una semántica que es heredada. Lenguajeamos atrapados en conceptos que nos expresan, destinándonos a nombrar, a explicar nuestras existencia y, por supuesto, la de los otros. En esos nombres, en esos conceptos, quedamos atrapados. Nuestro mirar queda atrapado en una especie de espejo, en el reflejo de representaciones que, al mismo tiempo de ser ajenas, se hacen propias a través de la palabra.

Miramos a partir de las concepciones que se transmiten en el lenguaje a través de las palabras.

Las palabras, los conceptos nos configuran, nos hacen parte del simbolismo y de las certezas transcendentales y objetivas. A través de los nombres los mundos se hacen conocidos, se construyen serenidades. Todo lo desconocido que altera nuestra seriedad requiere pronto ser explicado, conocido y nombrado. Así se devuelve la tranquilidad y nuevamente atrapamos nuestro mirar en la ficción semántica que poder nombrar es conocer. Poder y saber que traduce nuestras existencias, experiencias y relaciones en descripciones explicativas. Es un poder y saber que no es ingenuo, que permite la construcción de miradas y formas de existencias atrapadas en la mismidad normal, en la construcción de imágenes de otros y de alteridades intrusas. Al mismo tiempo y en los mismos tiempos, atrapamos al otro en categorías, en explicaciones que lo convierten en certezas: la anormalidad, la indeseabilidad.

Miramos a partir de lo que ese otro no es o no nos representa en relación al nos-otros, construimos su ser-siendo a partir de lo que no es-siendo en relación a la mismidad. Y seguimos el circuito de la negación sin dejarnos alterar. Culminamos con el otro aniquilado y convertido en una imagen velada, en un intruso. El otro deja de ser existencia y se convierte en presencia de una lectura que no queremos hacer, de una lectura que no queremos que nos transforme, pues se tiene la ilusión del contagio de la monstruosidad que hemos creado en las significaciones de ese prójimo que desplazamos más allá de las fronteras de lo humano. Así, leemos el mundo con nuestras propias palabras que nos habitan (y que habitamos). Encarcelados en las palabras, en nuestra palabras que fueron de otros y las apropiamos, no nos permitimos ver más allá de lo evidente o apreciar que “*no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos*”<sup>1</sup>. Pero nos empeñamos, nos forzamos en construir al otro en nuestras palabras que terminan siendo oquedad de la misma palabra. De este modo no nos permitimos que “el intruso” nos inquiete, nos devuelva la mirada a lo más profundo de lo humano que no se puede nombrar por ser sólo experiencia.

Convertimos al otro a nuestra imagen y semejanza de nuestra palabra que podemos nombrar (y también leer). Hacemos del otro nuestra lectura y de aquel que no queremos leer, que no podemos leer, que nos disgusta leer, le damos la espalda en señal de desprecio, de abominable desprecio, que se vuelve contra nuestra propia palabra del mal-decir.

---

<sup>1</sup> Fragmento de El Principito, de Antoine de Saint-Exupéry.



Nuestros cuerpos se vuelven la nada en la imagen que buscamos, que deseamos, que construimos en el cuerpo del otro como imagen nuestra. Pero si ese otro cuerpo es deforme o lo construimos inconforme, nos molesta en nuestra propia imagen interior. Como si el envoltorio del regalo fuese el regalo mismo.

Nos alejamos de los cuerpos que no tienen nuestra textura, nuestras lecturas, nuestras palabras, nuestros versos y así, “no hablamos de ciertas cosas para poder seguir hablando de ciertas otras, impunemente” (Skliar, 2005: 50).

Nos alejamos y diluimos en las mismas palabras que pretendemos sostener. La palabra no es un sostén de nuestros cuerpos, sino, tal vez sí, oquedad. La única forma, tal vez la única manera de estar con el otro, de ser-siendo con el otro, sea suspender toda palabra, toda lectura, y entregarse a la experiencia, a la pasión que se confunde en una relación total con el otro que deja de ser otro y nos convierte.

### *Para finalizar (aunque no del todo)*

*No descubrimos nuestro cuerpo. Somos descubiertos por él en la mirada mezuquina de ese otro, que se horroriza de su propia emoción encarcelada.*

*¡Vivan aquellas personas que callan los ojos y miran con besos!*

Como nos señala Skliar (2005) (...) “*hay miradas que no son más que fáciles silogismos (mirarse en el espejo, por ejemplo; obligar al otro a ser tu propio espejo, por ejemplo). Y hay miradas que no son otra cosa que una rápida tautología (volver, otra vez, a mirarse en el espejo). Pero hay miradas que salen a buscar otras miradas, sin deshacerlas. Te miran e inauguran experiencias, asombros, cuerpos, nuevas palabras y, entonces, sólo entonces, pensamientos. Hablo de esas miradas. Miradas en apariencia sólidas, pero que se deshacen en otras miradas. Miradas en su contorno frágiles, pero que se revelan con otras miradas. Miradas, al fin, que hacen mirar las miradas*” (Skliar, 2005: 82).

Tal vez en algo, sólo en algo, eso pretendemos con este artículo. No pretendemos negar esas miradas que han sido enseñadas así, validadas así, conformadas así. Pretendemos volver las miradas a esos ojos que no miran porque están cargados de una herencia material, superficial, fatua, que nos deja en la oquedad misma, vacíos dentro de nuestra propia frontera.

Abrirse al otro necesariamente nos empuja a mirar las miradas. A mirar aquello que no nos deja ver más allá de lo evidente, más allá de nuestras propias fronteras, para mirar más allá de las fronteras del otro y poder transformarnos con su propio lenguaje, en su propio lenguaje, desde su propio lenguaje y, así, curvar en algo esas palabras heredadas.

Es la experiencia la que aflora en cada lectura de alteridad y es la experiencia la que transforma al sí mismo cuando se abre a la alteridad del otro. La deseable apertura dialógica desde la incertidumbre, desde las no certezas, desde el no control, desde no el espejo, desde el saber que no sabemos del otro, que no tenemos al otro, que no aguantamos al otro.

La lectura de mundos de alteridad no es un acto lineal y tampoco simple, sino más bien un complejo tejido, un tejido rizomático que se construye, deconstruye y recrea desde una perspectiva dialéctica experiencial. De este modo, la co-existencialidad requiere de una lectura no tradicional ni relativista, sino una lectura donde la posición reflexiva del sujeto, de cada sujeto, se sumerge o penetra el *texto* mismo de la alteridad para, en un acto de completa confianza, quedar en el vacío de palabras que explican y al mismo tiempo nos encadenan. Es, por sobre todo, esta última característica la que posibilita una permanente y recursiva transformación personal, pues no se puede volver al pasado en la experiencia con la alteridad, como no se puede volver a la experiencia del sí mismo, porque somos esclavos de la nueva palabra que explica. La experiencia es pasión que no puede reducirse a la explicación, pues, así, la palabra es sólo ruido que busca la experimentación. Nada es lo mismo en lo que fue, porque la experiencia pasó. Alteridad diluida en el recuerdo de lo que es una sombra, una fotografía velada en el presente.

Como dijo Neruda: “*Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos*”.

## Referencias

- Barthes, Roland (1974). *¿Por dónde empezar?* Barcelona: Tusquets.
- Bourdieu, Pierre (2002). *¿Qué significa hablar?* Madrid: Editora Nacional.
- Bruner, Jerome (2000). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza.
- Caron, Bettina (2012). *Posmodernidad y lectura*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Cassany, Daniel (1999). *Construir la escritura*. Barcelona: Paidós.
- Echeverría, Rafael (1998). *Ontología del Lenguaje*. Santiago de Chile: Dolmen Ediciones.
- Ferreiro, Emilia (2000). *Cultura escrita y educación*. México: FCE.
- Ferreiro, Emilia (2001). *Pasado y Presente de los verbos leer y escribir*. México: FCE.
- Ferreiro, Emilia y Siro, Ana (2008). *Narrar por escrito desde un personaje*. Buenos Aires: FCE.
- Foucault, Michel (2001). *Los anormales*. México: FCE (2ª edición).
- Fromm, Erich (1998). *Tener y Ser*. México: FCE.
- Izuzquiza, Ignacio (1990). *La Sociedad sin Hombres. Niklas Luhmann o la teoría como escándalo*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Manguel, Alberto (2014). *Una historia de la lectura*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Maturana, Humberto (1992). *El sentido de lo humano*. Santiago de Chile: Hachette.
- Morin, Edgar (2005). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Pradelli, Angela (2013). *El sentido de la lectura*. Buenos Aires: Paidós.

Salgado, Hugo (2014). *La escritura y el desarrollo del pensamiento*. Buenos Aires: FCE.

Skliar, Carlos (2003) *¿Y si el otro no estuviera ahí? Notas para una pedagogía (improbable) de la diferencia*. Argentina: Miño y Dávila Editores.

Skliar, Carlos (2005). *La intimidad de la alteridad (experiencias con la palabra)*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Vigotsky, Lev (2010). *Pensamiento y lenguaje*. Buenos Aires: J.C. Esquivel editor.

Watzlawick, Paul y Krieg, Peter (2000). *El ojo del observador*. Barcelona: Gedisa.